

gran número de paganos que habia. Así es que ninguno otro hubiera sido tan adecuado para que se le confiase un campo tan erizado de abrojos y espinas. San Eulogio fué colocado en la cátedra de Edesa por san Eusebio, obispo de Samosata, ántes del concilio de Antioquia, al cual asistió en el año de 379, y del de Constantinopla en 381. El Martirologio, romano hace memoria de san Barsés el 30 de Enero, de san Eulogio el 5 de Mayo, y de san Protógeno el 6 de este mismo mes.

SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y SACERDOTE, Y
SANTA MARIA PENITENTE, SU SOBRINA

Es tan conocida la historia de san Abraham, que nada nuevo podemos añadir acerca de ella. Pero esto no nos dispensa de exponerla ; ántes bién los que la hayan leído en otras obras quedarán nuevamente edificados de encontrarla en la nuestra ; pues los ejemplos de esta naturaleza siempre impresionan, y cada vez que se oyen producen nueva satisfacción. No es pequeña la que experimentamos por tener al gran san Efrén como garantía de lo que vamos á decir, ¿ Cual mejor ? Es verdad que algunos autores han atribuido su historia á otro Efrén ; pero Tillemont ha combatido esta opinión con razones muy sólidas. Para realizar nuestro propósito, nos valdremos de la traducción de Vossio y de la de Rosweide.

Fácilmente se reconoce en el prólogo de san Efrén la humildad profunda que aparece en todas sus obras, y esto nos confirma en que ésta es verdaderamente suya : « Me he propuesto, hermanos míos, dice, relataros la vida bella



y perfecta de Abraham, y cómo desde la más tierna juventud hasta la muerte se conservó fiel al Señor. Pero cuando considero que soy un hombre grosero é ignorante, temo que mis palabras no acierten á exponer una vida tan llena de merecimientos y de perfección. Pero si no puedo trazarla tal cual es, lo haré en cuanto me lo permita mi capacidad, y os presentaré en él á un segundo Abraham, que ha llevado en nuestro tiempo una vida evangélica y celestial, y que por su paciencia invencible se ha hecho como un diamante, que no han podido quebrantar los sufrimientos, y que ha sido colocado en la gloria del cielo. En él podreis admirar una pureza tan grande, que desde la más tierna edad le hizo un templo y un varón de santidad en que tuvo su morada el Espíritu Santo.

El bienaventurado Abraham nació en una casa opulenta, y sus padres, que le amaban con extraordinaria ternura y que se prometían colocarle en un puesto distinguido, concertaron su matrimonio con una jóven, que con su fortuna podía contribuir á sus designios. Pero mientras que ellos no pensaban más que en procurarle un rango distinguido en el siglo, él no se ocupaba más que en ser agradable al Señor. Así es que, á medida que su razón se iba desarrollando, avanzaba en su convencimiento y en su amor, para lo cual frecuentaba las asambleas que se celebraban en las iglesias, y escuchaba con grande atención la lectura de los Libros santos, que constituían sus mayores delicias y el objeto de sus más serias reflexiones.

Cuando hubo llegado el tiempo de celebrarse el matrimonio, comenzaron á hablarle de él y á inclinarlo; pero manifestó mucha repugnancia, hasta que fué vencido por las reflexiones de unos y otros. Celebróse el acto, y pasados los siete dias de fiesta que se acostumbraban, en vez de proceder á su consumación, sintió su alma penetrada de un vivo rayo de la gracia, y determinado á dejar á su esposa

salió de su casa, y fué á ocultarse en una celda que encontró vacía, á tres cuartos de legua de la ciudad. Allí, abriendo libremente su corazón á la unción del Espíritu Santo, que le habia guiado á su retiro, dió gracias al Señor con santa alegría, y no pensó más que en glorificarle. Grande fué la sorpresa de sus padres y de todos sus vecinos : le buscaron por todas partes, y por último, al cabo de diecisiete dias le encontraron orando. « ¿ Porque os admirais de verme? les dijo el Santo : admirad más bién el favor que Dios me ha hecho sacándome del lodazal del pecado, y pedidle que me conceda la gracia de llevar hasta el fin el yugo dulcísimo de su servicio, que ha querido imponerme sin atender á mi indignidad, y que cumpla fielmente todo lo que exige de mí. » En vista de esta firmísima resolución no le hicieron instancia alguna, y consintieron en que siguiese su vocación, y él á su vez les suplicó que no viniesen á interrumpir sus ejercicios con pretexto de visitarle. Cuando se retiraron, tapió la puerta de su celda, no dejando mas que una pequeña ventana, por la que recibia el alimento que en ciertos dias se le llevaba.

De esta manera emprendió la obra de su perfección con un fervor admirable, y ayudado con la divina gracia, hacia de dia en dia nuevos progresos con la completa renuncia de todas las satisfacciones de los sentidos, con las vigili-
as, con la oración, con las lágrimas de compunción, así como con la práctica de la humildad y de la caridad. Así es que, aún cuando estaba encerrado en su celda, no tardó en brillar exteriormente su virtud. Su fama fué aumentando insensiblemente, y los que oían hablar de él se apresuraban á ir á verle para asegurarse por sí mismos, y encontrar ocasión de instruirse y edificarse. Puede decirse que Dios mismo era el que los llevaba : pues habiéndole colocado en este lugar como una luz de que queria servirse para iluminar á los demás, le concedió con abundancia el don de

consejo y de sabiduría, con el cual se le oia siempre con gusto hablar de las cosas celestiales.

Hacia diez años que habia renunciado al mundo, cuando supo la muerte de sus padres, y que habia heredado de ellos bienes muy considerables. Su corazón estaba tan despegado de las riquezas, que no se preocupaba de ellas. Rogó, pues, á un amigo, cuya honradez conocía, que las repartiase entre los pobres y huérfanos, á fin de no tener que distraerse con este oficio de piedad.

Este sacrificio fué un nuevo empeño para deshacerse más de las cosas de la tierra, y animarse con nuevo celo á enriquecer su alma con los tesoros de la virtud. No poseia más que un manto, una túnica de pieles, un plato para comer, una estera de junco para acostarse, con cuya pobreza tomó su alma mayores vuelos para elevarse á Dios, y hacer progresos extraordinarios en la perfección.

Oigamos lo que acerca de él dice san Efrén, testigo fiel y verídico de su eminente virtud, y á quién estaba unido con estrecha amistad. « No se dispensó cosa alguna, dice, desde que abrazó la vida solitaria. No pasó un solo dia sin que derramase lágrimas : jamás se le vió reir : nunca levantó sus ojos. Consideraba cada dia, como si fuese el de su muerte. ¿ No era un milagro continuo y patente ver á este hombre en tan grande abstinencia, en continuas vigili-
as, en incesante llanto por sus pecados, y en otras austeridades con que afligía su cuerpo? ¿ No era un prodigio sobrenatural el no dejar nunca de sufrir, el no entibiarse en sus ejercicios, el no cansarse de una vida tan ruda, sino continuarla con heróica perseverancia, como si fuese insaciable de penitencia, y considerarla como la ocupación más dulce y agradable? »

« Pero hé aquí otra cosa no ménos digna de admiración : en una vida tan austera conservó siempre un semblante fresco, un aire agradable y simpático, y un cuerpo sano y

vigoroso, no obstante ser de un temperamento delicado, cual si no hubiese hecho penitencia. ¡ Tanto le fortalecía la acción de la gracia, y le sostenía en todas sus acciones, y tanto gozo espiritual comunicaba á su alma ! Es, por último, muy admirable, que durante cincuenta años no se mudó la ropa de piel de que estaba vestido, y que llevó hasta la misma sepultura. »

Hemos dicho que el olor de sus virtudes atraía á su celda á multitud de personas. San Efrén nos enseña que las recibía, las instruía, las consolaba, y las animaba á trabajar en su salvación. » Su humildad, dice, era muy profunda, y su caridad se extendía á todo el mundo, sin distinción de personas. No prefería á los ricos, ni á los grandes; sino que para todos tenía la misma ternura cristiana. A nadie reprendía con acritud, ni sabía lo que era emplear frases duras, sino que todas sus palabras estaban sazonadas con la caridad y la dulzura. Así es que nadie se cansaba de oírle, y todos, al ver la santidad que resplandecía en su rostro, se sentían con deseos de verle con frecuencia. »

« ¿ Quién hay que, como él, haya amado á Dios con todo su corazón, y á su prójimo como á sí mismo? ¿ Quién ha tenido tanta compasión para con los afligidos? ¿ Quién, ha rogado á Dios con tanto fervor como él, que haya impedido que el demonio le seduzca con sus artificios? ¿ Cual de los solitarios ha sabido vivir con más grande perfección? ¿ Quién ha derramado tantas lágrimas día y noche por la conversión de los pecadores? »

« El incomparable Abraham, este hombre de penitencia, de oración y de caridad, se ejercitaba en estas virtudes encerrado en su estrecha celda, cuando la Providencia quiso hacer brillar su celo, su amor y su paciencia con una misión á que le llamó, y que exigía nada ménos que una virtud tan ardiente, tan firme y tan inquebrantable como la suya. Había en la diócesis una populosa ciudad, cuyos ha-

bitantes eran ídólatras, y tan obstinados en sus supersticiones, que jamás habían querido oír á los sacerdotes y diáconos que el obispo les había enviado, ni á muchos solitarios que habían intentado su conversión. Antes por el contrario, uniendo la crueldad á su obcecación, no había conseguido la caridad de estos solitarios otra cosa que excitar su furor. »

« Era, por lo tanto, un poderoso motivo de aflixión para el obispo el haber hecho tantas y tan inútiles tentativas para atraerlos á la fé de Jesucristo. »

« Un día en que se hallaba reunido su clero, recayó el discurso sobre la virtud de san Abraham, de quién se hicieron grandes alabanzas. Entónces ocurrió á este prelado la idea de enviar á estos paganos al gran siervo de Dios, como el más adecuado para quebrantar la dureza de sus corazones con su caridad y su paciencia. Todos los eclesiásticos aplaudieron esta elección, de modo que, levantándose todos, se trasladaron á su celda. Despues de saludarle el obispo, le habló de los paganos, y le manifestó su intención de ordenarle sacerdote, y enviarle á trabajar en su conversión. »

« Abraham estaba muy lejos de huir el trabajo, pues tenía todas sus delicias en la penitencia; pero la humildad ocultaba de tal manera á sus propios ojos sus virtudes, que no veía en sí mismo más que debilidad y miseria. Así es que la proposición del obispo no pudo ménos de llenarle de tristeza. » Yo os suplico, Padre mio, le dijo, que considereis que soy un hombre vil é incapaz de llevar adelante un negocio de esta importancia. Por esta razón os ruego que me dejéis llorar mis pecados. — Dios con su gracia os hará á propósito para él: así pues, no pongais dificultad alguna. — Os suplico de nuevo, replicó Abraham que os compadezcáis de mi debilidad, y que me dejéis llorar mis pecados. — ¿ Y qué? dijo el obispo, lo habeis dejado todo, habeis

abandonado el siglo y todo cuanto pudiérais esperar de él, ¿ y no habeis adquirido la virtud de la obediencia? — ¡ Ay! Padre mio, respondió Abraham, derramando un torrente de lágrimas, ¿ que otra cosa soy más que un perro malo? ¿ que vida he llevado yo, para que me considereis adecuado para una empresa de esta naturaleza? — Aquí, le dijo el obispo, no os ocupais más que en vuestra propia salvación, mientras que allí podreis, con los auxilios del Señor, convertir muchas almas y salvarlas. Considerad que de este modo podreis alcanzar mayor recompensa: si permanecis aquí os salvareis á vos sólomente, mientras que allá podreis salvar á muchos. — A estas razones contestó el Santo, llorando: Que se cumpla la voluntad del Señor: estoy dispuesto á obedeceros y á ir á donde me ordenéis. »

El obispo le llevó á la ciudad, le ordenó de sacerdote, y le envió al lugar de los paganos. Al marchar Abraham, levantó su corazón al Señor, diciéndole. « Dios lleno de piedad y de clemencia, volved vuestros ojos á mi debilidad é insuficiencia para un ministerio tan grande, y enviadme de lo alto vuestros auxilios, para que vuestro santo nombre sea glorificado. Cuando hubo entrado en el lugar, no viendo por todas partes más que signos de idolatría, y un pueblo entregado enteramente á sus abominaciones, levantó sus ojos al cielo, y lanzando profundos suspiros acompañados de lágrimas, dijo á Dios: Solo Vos sois impecable; solo Vos sois misericordioso, clemente y bueno: no rechaceis la obra de vuestras manos.

Como aún le quedasen algunos bienes, envió á pedir alguna cantidad al amigo á quien se los habia confiado con el fin de edificar una iglesia. Sea que Dios por una virtud secreta impidiese á los paganos que se opusieran á su edificación, sea que no se atreviesen, porque el Santo estaba apoyado por la autoridad de los magistrados, y tal vez por

algún rescripto del emperador Constantino, que le hubiese alcanzado el obispo, ello es que la iglesia quedó concluida, y los paganos venian con frecuencia á visitarla por curiosidad. Cuando estuvo terminada, hacía á Dios largas oraciones por el pueblo, cuyo cuidado le habia confiado la Providencia, y ofrecia el sacrificio de sus lágrimas, diciendo: « Llamad á Vos á estas pobres criaturas extraviadas: congregadlas en este santo templo: abrid los ojos de sus almas, para que vean la vanidad de sus ídolos, y reconozcan que solo Vos sois el Dios verdadero. »

Hasta entónces habia pasado por entre los ídolos sin decir nada, y contentándose con gemir y llorar; pero al fin, animado de un santo celo, y autorizado por el Espíritu Santo, así como por las leyes que habia publicado Constantino, pues esto ocurría entre los años 330 y 335, derribó los altares, é hizo pedazos los ídolos. No fué necesario más para excitar el furor de los habitantes: se arrojaron sobre él, le apalearon y arrojaron del lugar; pero llegada la noche, volvió á la iglesia, y más dolorido de su dureza, que de lo que le habian hecho sufrir, continuó pidiendo para ellos las misericordias del Señor.

A la mañana siguiente quedaron sorprendidos los paganos de encontrarle en la iglesia orando. Con este motivo les exhortó á renunciar á sus supersticiones; pero en lugar de escucharle, se arrojaron sobre él llenos de furor, le azotaron cruelmente, le arrastraron, atándolo con una cuerda, por toda la ciudad, y le apedrearon dejándole por muerto. Pero á media noche recobró algunas fuerzas, y clamando á Dios desde el fondo de su corazón, le dijo: ¿ Porqué, Señor, desdeñais mi bajeza? ¿ porqué apartais vuestros ojos de mí? ¿ porque rechazais los deseos de mi corazón? ¿ porque despreciais la obra de vuestras manos? Yo os suplico, ó Dios de infinita bondad, que dirijais una mirada de misericordia sobre este pobre pueblo. Dadle la gracia de